

LA MADRE DE FAMILIA.



REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA,

CON LA

aprobación eclesiástica,

y bajo la dirección

DE

E. Lozano de Vilchez

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES,

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses adelantados para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de letras del Giro mútuo, ó tarjetas de las establecidas para pagos de periódicos, y que se expenden de hoy en adelante en los mismos puntos que los sellos de franqueo, prefiriendo siempre las del Giro mútuo, en el punto donde las haya.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que Pertenece.

23 de Julio de 1878.

DIRECTORA, D.^a ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Número 11.

SUMARIO.

La ciencia más cierta, por Mda. Matilde Bourdon.—A la niña María del Carmen Ramos en sus días, por D. Rafael A. Ramos Guillen.—Calvario y redención, cartas de tres hermanos, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Dios, por D. T. Rodríguez de la Torre.—Sección doctrinal. La senda del cielo, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez

LA CIENCIA MÁS CIERTA.

POR M. MATILDE BOURDON.

II.

LA CASA PATERNA.

Salta de gozo el padre del justo: el que engendró al hijo sabio, se alegrará en él.

(Prov. cap. 23.)

Cuando Manuel hubo celebrado, con una tris-

teza mezclada de esperanza, las exequias de su madre adoptiva, se dispuso á dejar la casa en que pasara días tan felices, y á volver á la granja de su padre, porque el viejo Merry le había mandado á decir que le aguardaba. Hizo, pues, su lio, sin olvidar los pocos libros que tenía, precioso legado de la buena Isabel, ni el rosario negro, cuyas cuentas estaban ya casi gastadas; luego se fué á la iglesia, y oró con fervor por el alma de su bienhechora ante el tabernáculo, donde tantas veces la había visto arrodillada.

Atravesó el cementerio, y á la vista de una cruz de madera que se elevaba sobre un poco de tierra recién removida, viniéronsele las lágrimas á los ojos; mas tranquilizóse luego, diciéndose á sí mismo:

«De este sitio se levantará un día para comparecer á la presencia de Dios y recibir la recom-

pensa de sus buenas obras... ¡Dígnese el Señor premiarle todo el bien que me hizo en vida....» Y prosiguió su camino rezando el *De profundis*.

No le separaban del pueblo en que vivía su familia sino algunas horas de camino, y sin embargo, se puede decir que la tierra donde viera la primera luz era para él una tierra desconocida, casi extranjera. En sus primeros años le habían dejado abandonado única y exclusivamente á los cuidados de Isabel; despues, cuando mas crecido, Isabel, que estaba achacosa y era de avanzada edad, no había podido prescindir de la presencia, del trabajo y de la asistencia de su hijo adoptivo. Así habían ido trascurriendo las semanas, los meses y los años, sin que ningun individuo de la familia de Manuel diese el menor paso para ir á verle, ni le invitasen á hacer una visita al hogar doméstico. En aquellos momentos volvía, pues, á su casa como un extraño, ignorante de las costumbres y hábitos de sus parientes, y no sabiendo si no que le estaban esperando un padre y dos hermanos.

Por la noche llegó á la granja que cultivaba su padre en calidad de colono, y llamó tímidamente á la puerta. Estéban, el hermano mayor, fué á abrir, y exclamó:

—«¡Ola! ¡es Manuel!

«—Llégate acá, mozo,» dijo una voz áspera que salía del interior de la casa.

Manuel entró y se encontró en presencia de su padre que estaba calentándose en un rincón de una gran chimenea. El jóven se adelantó y quiso saltarle al cuello, pero el viejo Merry le atajó, diciéndole:

«—No tantas zalamerías; esto era bueno con tu vieja prima; pero aquí, si quieres que seamos amigos, tendrás que trabajar, y trabajar de firme...

«—Padre, respondió Manuel, ocultando el pesar que le causaba semejante acogida, procuraré dejaros satisfecho.»

«—Está bien; y ahora da las buenas noches á tus hermanos. Este es Estéban, buen trabajador, económico, que sabe lo que cuesta ganar un real; y este otro es Sebastian, divertido, alegre, buen muchacho...

Manuel fué á abrazar á sus hermanos: el primero le devolvió el abrazo con mucha frialdad; el segundo de una manera mas cordial. Luego despues fué á sentarse cerca del hogar.

Cuanto veía y observaba á su alrededor respiraba una fria y taciturna tristeza. La abundancia reinaba en la granja, pero se echaba de menos en ella lo que constituye la gracia, la alegría de la vida campestre. Hacíase sentir la

falta de una mujer, de una madre, que fuese el lazo de la familia; no había cerca de la ventana una rueca, coronada de una blanca cabellera de lino; en la chimenea no se veía ni una imagen de la Virgen, ni el ramode boj bendito del año anterior; ni dormía cerca del hogar ningun animal doméstico, favorito de la colona. Á lo largo de las enjalbegadas paredes había colgadas algunas armas de fuego y algunos aperos de labranza; en un rincón se veía una trampa para cazar lobos; encima de la puerta había una ave nocturna clavada, con las alas extendidas; la mesa estaba puesta, y, aunque los platos eran buenos y en bastante número, faltábales aquella limpieza rústica que constituía el principal aderezo de la comida en casa de Isabel. Manuel comparaba en su memoria la agreste cabaña en que había sido criado con la rica granja á donde volvía despues de tantos años, y, sin atreverse á decírselo á sí mismo, conocía que había dejado tras de sí la piedad, la alegría, la buena correspondencia, la cordialidad, la paz doméstica, en una palabra, todos los elementos indispensables de la felicidad.

Los días que siguieron al de su llegada le confirmaron en esta idea. Su padre, de génio áspero y duro en su juventud, arrastraba en su vejez unos años tristes, llenos de achaques y disgustos. No salía ya de casa, en donde le retenía por fuerza una semi-parálisis; no obstante, aun quería dirigir las labores del campo, y mandaba con aquel tono de mando, al cual todo cedía antes; pero sus órdenes no encontraban criados celosos ni hijos obedientes. Estéban y Sebastian no amaban á su padre, y se cuidaban muy poco de hacer su voluntad. El mayor, que comerciaba por su propia cuenta en ganado, corría las ferias y mercados, dejando á su hermano la dirección de los trabajos agrícolas; y este á su vez dejaba de buena gana el arado por la taberna, importándosele poco del dinero, pero locamente aficionado á los pasatiempos y placeres. Uno y otro llenaban de pesares y disgustos á su padre, el cual traducía su dolor, ora por violentos accesos de cólera, ora por largo y sombrío silencio. Y cuando se enardecían las querellas entre el padre y los hijos, entonces eran de oír las palabras ultrajantes, las odiosas blasfemias, las imprecaciones que parecían llamar la venganza del cielo sobre aquella triste casa. ¡Cuánto tuvo que sufrir Manuel al presenciar estas escenas! pero reconociéndose impotente para reprimirlas se callaba. La sangre se le helaba en las venas al oír profanar el nombre tres veces santo de Dios, al escuchar las vanas ame-

nazas que la cólera arrancaba al anciano en medio de su impotencia, y las brutales respuestas que le daban sus hijos. Extraño entre sus hermanos, aun no se atrevía á interponerse, y se limitaba á obedecer las menores indicaciones de su padre, y á rezar interiormente una corta oración cada vez que una blasfemia ofendía sus piadosos oídos.

Era una mañana del mes de Junio; toda la familia se hallaba reunida en la sala comun; acabábase de tomar el almuerzo en medio del mayor silencio; el viejo Merry se había hecho conducir en su silla de manos á la ventana, y examinaba el horizonte. Hacia mucho calor, y el cielo estaba sereno; pero por la parte de Mediodía se levantaba una masa opaca de espesas nubes que, empujadas por el viento, crecían rápidamente y se acercaban con velocidad.

—«Estéban, dijo el colono á su hijo mayor, entra en casa inmediatamente el heno que todavía hay en los prados... date prisa porque tendremos lluvia antes de la noche.»

Estéban, que se componía la ropa, no contestó.

—«¿Oyes? insistió Merry con ira.

—Oigo.... oigo.... pero de oír á obedecer hay gran trecho, porque salgo al instante para la feria de Roye; ya irá Sebastian.

—Sí... ¡no pierdas cuidado! exclamó Sebastian que estaba arreglándose el lazo de la corbata delante de un pequeño espejo; los amigos me aguardan para ir á tirar al blanco... Entra tú el heno; tú que eres el heredero.

—¿Te burlas de mí? ¿no tengo bastante con mis propios negocios? ¿Qué me importa que el heno vaya bien ó mal, que se pague ó no el arrendamiento? Cuando las cosechas han sido buenas, se me ha dado acaso un céntimo para mis compras? Que llueva, que haga viento ó que haga sol, lo mismo da para mí; pues ningún provecho he de sacar de todo ello.

—Si tú te ries, yo también; mas quiero un trago de sidra que un saco de escudos; ¡viva la broma!»

Mientras los hermanos cambiaban entre sí estas palabras, el anciano, temblando de ira, intentaba hablar, pero la cólera le tenía atada la lengua, y la palabra espiraba en sus labios convulsos.

—«¡Miserables! ¡miserables!» tartamudeaba, haciendo vanos esfuerzos por levantarse.

Manuel, con el corazón oprimido de dolor ante una escena tan repugnante, se precipitó hacia su padre, hízole sentar de nuevo en su silla de brazos, y con voz afectuosa le dijo:

—«Padre, ya que mis hermanos no pueden ir, dadme vuestras órdenes y las pondré en ejecución.

—Sí, sí, ve, ya que esos indignos.... Manda uncir, ve al campo grande, y después...»

No pudo concluir; las palabras se le añudaban en la garganta y sus ideas eran confusas. La enfermedad, la vejez y la ira se unían para arrojar el desorden en sus pensamientos. Sebastian prorumpió en una carcajada insolente, diciendo á Manuel:

—«¿Oyes cómo chochea ese viejo?

—Piensa bien de quién hablas! exclamó Manuel lleno de indignación... ¡Es tu padre, infeliz!

—¡Caramba, qué serio te pones! y qué bien te sienta ese tono trágico!

—Es que quiero se sepa que, mientras pluguiere á Dios concederme vida, obedeceré á mi padre en cuanto me mande.»

Dichas estas palabras, el joven salió del aposento, y un instante después se le oía en el patio dando órdenes á los mozos, mientras Estéban, montado en su jaca, tomaba el camino de Roye, y Sebastian con la escopeta en bandolera se dirigía al pueblo inmediato, que celebraba aquel día su fiesta mayor.

Por su parte Manuel no había perdido un instante; animando á los trabajadores con su ejemplo, cogiendo él mismo la horquilla, cargaba los carros y los conducía con actividad á la granja.

—«Ánimo, amigos, todo estará á cubierto antes que caiga la lluvia,» decía al ver apiñarse las negras nubes en el cielo.

Y efectivamente, al anoecer Manuel volvió á casa, después de haber ejecutado las órdenes de su padre. Estaba calado hasta los huesos por la lluvia que Merry había previsto, pero en su rostro se retrataba la tranquilidad y satisfacción que sentía en su corazón. Teniendo la seguridad de haber cumplido con su deber, ni menos sentía aquella incomodidad física: sus pensamientos se dirigían á Dios y á la buena Isabel que le había enseñado los divinos Mandamientos, guía del mortal por los espinosos senderos de la vida.

Así que hubo entrado en casa, fuese al cuarto de su padre; el anciano se había acostado temprano; su sueño era pesado y febril. El ligero ruido de los pasos de Manuel le despertó.

—«¿Eres tú, muchacho?»

—Sí, padre, respondió Manuel cogiendo entre las suyas la mano abrasada que le alargaba el colono: no os habeis equivocado en vuestros

pronósticos; el agua ha caído en abundancia; pero, gracias á Dios, hemos puesto antes á cubierto todos los forrajes. Así, pues, podeis descansar tranquilo. ¿Necesitais algo?

—No, gracias. Ve tú tambien á descansar.....
¿Y tus hermanos?....»

Manuel titubeó.

—«¿Han vuelto ya?

—No... padre....»

El anciano iba á echar una sorda imprecación, pero Manuel le cerró la boca con la mano, dándole al mismo tiempo un estrecho abrazo. Merry calló, y el jóven bajó á la sala comun.

Sus dos hermanos llegaron casi simultáneamente, mientras él estaba cenando. Los dos volvian de mal humor; Estéban estaba más colérico que de costumbre, y Sebastian más brusco. El uno no habia podido vender sus bueyes á causa de los bajos precios que se ofrecian por ellos; el otro se habia visto vencido en el tiro por muchos concurrentes. Sentáronse á la mesa, y comieron y bebieron sin decir casi una palabra; mas concluida la cena, se contaron mutuamente las contrariedades que habian sufrido aquel dia, y haciéndose poco á poco más acalorada la conversacion, empezaron á mezclar en sus narraciones aquellas blasfemias que tanto lastimaban los piadosos oídos de Manuel.

Este, que hasta entonces escuchara á sus hermanos con muestras de una amigable simpatía, les interrumpió de repente, diciéndoles con tono firme y sosegado:

—«Si continuais jurando, me obligareis á dejaros.

—¿Qué dice este mocoso? exclamó Sebastian.

—Digo que no puedo ni quiero asistir á una violacion tan manifiesta de la ley de Dios.

—¿Qué ley?

—La que todos hemos aprendido en nuestra infancia, el Decálogo, cuyo segundo mandamiento nos prohíbe jurar en vano el santo nombre de Dios.

—¿Eh! esto es bueno para los niños.

—El Decálogo no es una ley hecha exclusivamente para los niños; puesto que contiene preceptos que solo miran á hombres ya formados, y fué dado por Dios á una nacion entera que se componia de individuos de todas clases y condiciones.

—¿En hora buena! pero ¿qué mal le hacen á Dios mis juramentos?

—Directamente ninguno, si quieres, porque no está en nuestra mano, débiles como somos, hacer mal á nuestro Criador; pero blasfemando le insultas tanto como puedes. Tú empleas su

nombre ¡el nombre de Dios! para excitar tu caballo, tu asno ó tu perro, le asocias á tu cólera, le mezclas con las expresiones más innobles que te dictan tus pasiones, solo le tomas en los labios cuando se trata de expresar malos sentimientos, ¿y crees que esto no es ofender á Dios?

—Yo no sé charlar tan bien ni tan largo como tú.

—Es una costumbre, dijo Estéban riendo.

—¡Oh! queridos hermanos, qué funesta costumbre la que os hace vivir en pecado; la que á cada palabra que sale de vuestra boca, os hace mas y mas enemigos de Dios! ¿Y si muriéseis en el acto de proferir una de esas horribles blasfemias, si cayéseis entonces á los piés de Dios, que ha de ser vuestro juez, ¿qué podríais esperar de él? Nunca hablais de él sino para arrastrar su nombre por el lodo. Siuviésemos necesidad de un hombre, de un rico comerciante, de un magistrado que hubiese de poner en regla nuestros asuntos, ¿le trataríamos de este modo? ¿Tomaríamos su nombre para regañar á un criado torpe, para arrear un tiro en el camino real, ó para decir pestes contra el género humano? De seguro que, si este amigo, este protector supiese que su nombre no sale de nuestra boca si no en semejantes casos, si supiese que le añadimos los mas groseros epítetos, de seguro, repito, que se llenaria de indignacion contra nosotros.»

Sebastian bajaba los ojos; Estéban se mostraba irritado.

—«¡Basta de moral, dijo; concluyamos!

—Concluyo, pero ya conoces mi resolucio.n.»

Separáronse entonces; Sebastian estaba un poco pensativo; Estéban enojado y ceñudo; Manuel en paz con su conciencia. Llegado á su aposento, y á pesar de encontrarse muy cansado, se arrodilló delante del crucifijo de Isabel, hizo el ejercicio de la noche y repitió con más alegría y satisfaccion que nunca el Decálogo, y en particular el segundo y cuarto mandamientos.

(Continuará.)

M. MATILDE BOURDON.

Á LA NIÑA
MARÍA DEL CÁRMEN RAMOS,
EN SUS DÍAS.

Ya amaneció y en el cielo
El alba aparece ufana,
Y el aire de la mañana
viene mi rostro á azotar.
Y los pájaros cantando
Con sublime melodía
Que es hoy de tu santo el día
Gratos vienen á anunciar.

Nombre bendito que cruza
Con rayos de amor fecundo
Por los ámbitos del mundo
Con santa veneracion;
Nombre que pronuncia el labio
Y que guarda el pensamiento
Con la fe del sentimiento
Y la fe de la razon.

María del Cármen. Tus padres
En contento y alegría
Deben de estar, pues María
Te llamaron al nacer.
Y en tu frente se destella
La inocencia casta y pura
Que á mi alma le asegura
Que como es ella has de ser.

Hoy que eres tan bella y buena,
Obediente y cariñosa,
Y que en tu pecho reposa
La fe de mi religion,
Piensa, siempre que levantes
En la Iglesia, una plegaria
Que es María intermediaria
Entre el mundo y entre Dios.

Goza feliz este día
Y nunca jamás taladres
Esa dicha que tus padres
De tí han llegado á formar;
Pues ella vela en el cielo
Por la bendita inocencia
Que saben en su creencia
Su fe y su virtud guardar.

RAFAEL A. RAMOS GUILLEN.

Gáldar, Canarias: 1878.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Fabian á María.

Me preguntas qué debes hacer, María, y me envías la última carta de la condesa Amelia en que te llama á su lado para el momento decisivo de la operacion que va á sufrir su esposo.

Oh! hermana mia, yo no puedo decidir en cuestion semejante. Tú dudas, tú vacilas, ¿cómo quieres que resuelva yo?

¿De qué modo sentirás menos?

¿Tendrás fuerzas para verle sufrir?

¿No te faltarán para negarle tus cuidados?

¿Quién sabe, María, quién puede adivinar el modo de que seas menos desgraciada!

Si Amelia le amase como debe, ¿quién si no ella estaba llamada á permanecer á su lado, á ser su ángel de consolacion?

Oh! por qué te llama? porque no está dispuesta á cumplir con su deber!

Desgraciado del hombre que confia su vida á una mujer sin corazon!

Así, pues, hermana mia, mi desgraciada y pobre María, pide consejo á tu alma; pídelo á Dios, y no me preguntes qué debes hacer.

Estoy seguro de tu lealtad, conozco tu inquebrantable virtud, y nada temo por ella; pero tiemblo por tu espíritu, María, tiemblo por los tormentos que preveo para tí!

Yo tambien sufro, yo tambien miro con terror el porvenir.

Angelina padece; me escribe llorando!

He sorprendido en el blanco papel la huella de sus lágrimas!

Pobre niña! ¿Qué será de ella lejos de mí?

¿Y cuando, cuando me será permitido volver á su lado!

No lo sé!

Porque no es tan solo el cumplimiento de mi deber ni los intereses confiados á mi cuidado lo que me detiene aquí ahora, no.

Aunque fuera libre, aunque mi tiempo no perteneciera al señor de Aguilar, aunque hoy pudiera renunciar al sueldo que gano en su casa, permanecería en Lóndres y no abandonaría estos sitios hasta descifrar un misterio que me vuelve loco, y que me absorbe á mi pesar.

Ya te hablé de lo ocurrido, á mi llegada aquí: ya te conté la escena que se siguió á mi presen-

tacion al señor de Castell y la conferencia que me hicieron de su amistad con un rico anciano que llevaba nuestro nombre.

Pues bien: todo esto me preocupó hasta el punto de hacerme concebir una esperanza insensata.

La de recobrar nuestra posicion, la de recuperar nuestro rango.

¿Quién era aquel anciano que se llamaba Osorio? ¿Quién era aquel hombre á quien mi presencia habia trastornado de aquel modo?

Tú sabes que nuestro padre, víctima de una infamia, fué despojado de sus bienes y de su título, perdiendo al par la vida por esta causa y dejándonos sumidos en la miseria y en la horfandad.

Niños aun, no pudimos comprender todas las horribles consecuencias de aquel suceso, ni adivinar la mano que nos heria, puesto que nuestra madre, que era la única que podia sospecharlo, cayó enferma tambien de tal gravedad, que se temió, no solo por su vida, sino tambien por su razon.

Despues, cuando trascurridos muchos meses, la infeliz pudo darse cuenta de sus ideas, estas eran tan confusas, y sobre todo, sufria tanto al hablar del pasado, que jamás nos atrevimos á despertar sus recuerdos con una pregunta indiscreta.

Sin embargo, yo sospechaba, yo sabia que en todo ello habia una trama infernal, urdida acaso por el mismo que obtuvo los títulos y el caudal que nos habian sido arrebatados.

Este, ya lo sabes, era un pariente cercano de nuestro padre, un primo..... casi un hermano, con quien pasó la infancia y de quien nunca se separaba.

Este hombre, lejos de ampararnos, lejos de prestarnos auxilio en nuestra desgracia, habia partido al extranjero, despues de vender y malbaratar las posesiones que debieron pertenecernos.

Algunas palabras escapadas durante las noches de delirio de nuestra madre quedaron fijas en mi memoria cuando yo era niño aun, y lo que el niño no podia explicar, el jóven lo comprendió perfectamente.

El hombre que se habia hecho dueño de nuestra herencia, se habia atrevido en otro tiempo á fijar sus ojos en la noble Marquesa de Alba Luz, cuya hermosura le habia fascinado.

Todo esto lo recordé vagamente, con algunos otros episodios dolorosos, y no sé por qué; pero al salir de casa del señor de Castell, pensé si el protector de este tendria alguna relacion

con aquel hombre, puesto que llevaba nuestro apellido.

Preocupado con estas ideas esperé con afan el dia siguiente para volver á aquella casa y observar todas las palabras, todos los ademanes que pudieran darme algun rayo de luz.

La ocasion no se hizo esperar.

En las primeras horas de la mañana me presenté allí de nuevo y solicité hablar con el principal, sin admitir demora alguna.

Este dió orden de que pasase á su despacho particular, y me recibió en él para tratar del asunto que motivara mi viaje.

Por una coincidencia bien extraña, el asiento que aquel hombre ocupaba estaba colocado en la sombra, mientras la luz de la ventana que iluminaba el aposento daba de lleno en mi rostro. Así, pues, no pude notar, como el dia anterior, el efecto que mi presencia producía en aquel hombre; solo al tocar su mano creí sentir que sus dedos temblaban entre los míos.

Hablamos del objeto de mi venida, de los fondos que el señor de Aguilar intentaba retirar, y él á todo cedió, desvaneciendo las sospechas que teníamos de una quiebra.

Con una facilidad, que me causó gran maravilla, cedió á todo, y allanó cuantas dificultades podian detener mi viaje.

Cosa extraña! hasta parecia estar dispuesto á perder algo en sus intereses con tal de apresurar mi partida.

¿Por qué era esto? ¿Qué le impulsaba á obrar así? ¿Qué causa tan poderosa tenia para querer alejarme de su lado, hasta el punto de hacerle olvidar el tanto por ciento, único norte de todo banquero?

Estas circunstancias doblaron mis sospechas y aumentaron mi curiosidad.

Resuelto á llevar adelante mis pesquisas, atraje la conversacion hácia el dia precedente, y de pronto, y cuando él lo esperaba menos, le recordé sus palabras de la víspera, manifestándole la extrañeza que habian producido en mí.

Quedóse inmóvil y mudo, no sabiendo qué responder, hasta que al cabo, y con voz harto insegura,

—Perdone V., me dijo: una semejanza extraña fue la causa de mi emocion.

—Una semejanza? le pregunté con interés.

—Sí, me respondió. Esto fué y nada mas.

—La persona á quien tanto me parezco y á quien le traje á la memoria, debe haber muerto, cuando...

No me dejó acabar, repitiendo con acento tembloroso y opaco.

—Sí, ha muerto... murió hace muchos años.

Recordé en aquel instante que nuestra madre había repetido mil veces lo exactamente que me asemejaba á mi padre de un modo prodigioso, y dije con voz lenta y mirándole fijamente:

—Quizá fuese mi padre la persona de que V. habla.

—No, no! exclamó con precipitación. Eso no es posible, yo no he conocido á su padre de V. V. es español, él debía serlo, y yo jamás he salido de Londres.

Aquellas palabras me sorprendieron. Uno de sus dependientes me había asegurado lo contrario el día anterior: ya recordarás que te lo manifesté en mi carta.

Guardé silencio, y resuelto á no retroceder, le pregunté sin dejar de mirarle:

—Siento lo que acaba V. de decirme; pues esto me hace perder una esperanza que había concebido.

—¿Y cuál? me preguntó con afán.

—La de saber el paradero de una persona á quien deseo encontrar.

—Una persona...?

—Sí; un anciano cuyo nombre es D. Pedro de Ossorio.

—¿Y V. quiere verlo? me preguntó casi con terror.

—Sí; le respondí cada vez más persuadido de que empezaba á dar con la clave de un misterio. Sí, deseara hablarle antes de marchar.

—Es inútil, exclamó: es inútil que V. le busque.

—¿Y por qué? pregunté con insistencia.

—Porque no se halla en Londres; porque hace pocos días emprendió un viaje.... uno de esos viajes cuyo término no se sabe á punto fijo, puesto que obedecen solo al capricho, á la voluntad de quien los emprende.

Iba á responder cuando le anunciaron que le esperaban en su gabinete; aquel incidente terminó nuestra conversación, porque yo debí retirarme.

Así lo hice, despidiéndome enseguida, aunque proponiéndome volver otra vez.

Al salir me detuve un instante para tomar mi sombrero.

El portier había caído, y Castell, sin pensar que yo podía escucharle:

—¿Quién está ahí? preguntó al criado que esperaba sus órdenes.

—El Marqués de Alba Luz, D. Pedro de Ossorio, respondió el sirviente respetuosamente.

Ya comprenderás, hermana mía, mi sorpresa y mi admiración.

Por un instante tuve la idea de quedarme.

Después... después bajé la escalera y me propuse averiguar donde vivía aquel hombre. Esto lo sé, y aunque nada he resuelto aun, creo que tengo ante mí un arcano que me es preciso averiguar.

Adios, ¡quién sabe lo que en otra carta te podré ya decir!

Se despide de ti hasta entonces tu hermano

FABIAN.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

DIOS.

—¡No hay Dios! por decirnos arde el sabio en su desvarío.

—¡No hay Dios! prorumpe el impío de soberbia haciendo alarde.

—¡No hay Dios! murmura cobarde el hipócrita maldito; y existe tal prurito en negar el ser aquel que amarle y creer en él es verdadero delito.

¡Dios mío! ¿será verdad

que es ilusión ese cielo

para eterno desconsuelo

de la pobre humanidad?

¿Será cierta mi ansiedad?

¿Qué es de la luz el fulgor?

¿No dice nada esa flor,

ese río, el mar profundo...?

¿Qué hubiera sido del mundo

si no existiera el Criador?

El filósofo en su ciencia

halla una *causa* de todo;

el químico hasta en el lodo

halla huellas de una *esencia*;

el fiel ve en la *Providencia*

ese universal motor;

el hombre encuentra ese *amor*

santo que al alma embelesa...

y todo el mundo confiesa

una *cosa* superior.

—Dios es (un sabio aquí empieza)

la Causa de lo demás.

—*El Caos*, dicen los más.

Otros:—*La Naturaleza.*

—*El Yo. —El Mundo* y su belleza.

Y dicen otros: *Los dos:*

—*La Nada. —Todo.* Y si en nos

lo queremos conocer,

Dice la razon:—*El Sér.*

La fe dice:—*Dios... es Dios.*

¡Miserable humanidad
que en tu loco desvarío
creas con orgullo impío
mil dudas á una verdad!
Si en tu constante ansiedad
al ir de esa idea en pos,
solo sabes ¡voto á bríos!
que tu eterna duda labras,
¿qué te importan las palabras
si en la idea es eso Dios?

T. RODRIGUEZ DE LA TORRE.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—No jurar su santo nombre en vano, murmuró el ama de llaves obedeciendo á su señora.

—En vano, repitió esta: esa palabra basta á dar una idea exacta de lo que se nos permite ó se nos prohíbe. De modo que si de una manera es un bien, de otra es un grave mal. Porque jurar sin premeditacion, sin respeto y por costumbre es un desacato que cometemos para con Dios.

—¿Con que lo que es una virtud puede convertirse en un pecado? murmuró Julian un poco dudoso. Pues confieso á la verdad que no lo entiendo mucho, sobre todo no tratándose del juramento en falso, que eso ya se explica fácilmente.

—Voy á poner á V. una comparacion muy sencilla y que bastará á que me comprenda perfectamente. Supongamos que yo doy á Petra un rico traje. Un traje de raso muy superior en todo á los que ella acostumbra á usar.

—¿Á mí? exclamó Petra, á quien sonaron muy bien aquellas frases.

—Sí; continuó la Marquesa sonriendo levemente. Supongamos que ella lo agradece, que le da un gran valor y que le guarda con esmero y cuidado, absteniéndose de usarlo mucho ó en todas las ocasiones.

—Yo lo creo! pues poco en estima que le tendria! no lo llevaria si no en las grandes festividades y....

—Eso me probaria que agradecia mi regalo, y me estimularia á hacerle otro mayor!

La buena Petra miraba á su señora cada vez con más afán.

—El vestido así conservado, añadió esta con su natural bondad, duraria muchos años sin romperse ni deslustrarse y conservando su hermosa apariencia.

—Es verdad!

—Pues piense V., si por el contrario se ponía el rico traje diariamente y para hacer las faenas más trabajosas y más rudas: ¡cuán en breve lo mancharia, en qué poco tiempo quedaria ajado, dándome una prueba del poco aprecio en que lo habia tenido, y causándome con ello un profundo disgusto.

—Ah! ya caigo! y tiene V. E. razon!

—¿Qué alhaja de más precio, qué regalo de más valía podemos obtener nosotros que poner á Dios por testigo de nuestras acciones y que estar autorizados para nombrarle juez de nuestros actos? Pero nuestra naturaleza débil, y culpable y frágil siempre, da menos valor á las cosas y las estima en más poco, cuando se familiariza con ellas por la costumbre. Hombres ha habido entre nosotros que temblaban estremecidos y se aterraban cuando oían pronunciar el nombre de Dios sin el debido respeto, creyendo que á la ofensa seguiria el castigo, y asombrándose de que el cielo no se desplomase sobre el impío.

Después... después ¡ay de mí! la blasfemia ha sido tan frecuente en nuestra desgraciada patria, que casi se han acostumbrado á oirla, y al espanto y al horror ha sucedido el disgusto, y al disgusto... la indiferencia!

Ved aquí, amigos míos, lo que es preciso evitar! Ved aquí lo que á toda costa debemos impedir! No hagamos del juramento una culpable costumbre: no traigamos á Dios por testigo de cosas leves, inútiles ó malas, porque esto seria faltar al decoro que debemos guardar á su divino nombre, y mostrar que nuestra falsía y nuestra perfidia son tales, que no podemos fiarnos los unos de los otros, sin acudir á ese medio extremo. Hagamos, hijos míos, hagamos como el famoso Newton, uno de los hombres más grandes que han existido; que jamás pronunciaba ú oía pronunciar el nombre del Señor sin descubrirse respetuosamente, rindiéndole así el homenaje de su vehemente adoracion. Hagamos tambien, hagamos como los ángeles del cielo que inclinan las purísimas frentes y se postran al escucharle, porque ese nombre es el emblema de la justicia, de la grandeza, de la sabiduría, de la bondad incommensurable y eterna!

Calló la noble anciana, y todos guardaron silencio tambien, dominados por su palabra!

—Ahora, dijo al fin después de un momento de pausa, ahora tengo que hablaros tambien del voto, de la blasfemia y del juramento falso, puesto que hasta ahora solo nos hemos ocupado del considerado lícito y no culpable.

—El juramento falso! ¡oh! ese debe ser un pecado espantoso, ¿es verdad abuelita? dijo Julieta mirando á la Marquesa con afán.

Continuará.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.